

Texto de la Meditación pronunciada por
N.H.D. Vicente Rodríguez García
ante el
Santísimo Cristo de la Caridad
el sábado 19 de marzo de 1988

Parroquia de San Andrés Apóstol
Sevilla

¡¡Con vuestra licencia, Soberano Jesús Sacramentado que nos presides desde el Sagrario!!

¡Cómo tiemblan mis labios y mis manos, Santísimo Cristo de la Caridad, al contemplarte en tu traslado al Sepulcro, y al tener que hablar contigo y de Ti!

Quisiera poseer cualidades, que no tengo, para cumplir acertadamente con el honor de pronunciar estas palabras en tan íntimos momentos.

Deseo, con todo mi corazón, que sean palabras vivas, que lleguen al fondo del alma de cada uno de nosotros y que permanezcan allí, sin que el manotazo del orgullo las aparte de su verdadero fin.

Comenzamos, ¡Santísimo Cristo de la Caridad!, uno de los momentos más radicales de nuestra vida. En pocas horas, mientras depositamos un beso en tu sagrada imagen, vamos a recordar tu Pasión, Muerte y gloriosa Resurrección.

Vamos a vivir más intensamente en estos días tu sacrificio redentor.

Pero yo no quisiera dejar de señalar lo importante, perdido en el turbión de las cosas del mundo.

Cada día, ¡Señor!, cada domingo, cuando asistimos a la Santa Misa, estamos asistiendo igualmente a la renovación incruenta del sacrificio de la Cruz, de dónde tú vuelves ahora... camino del sepulcro.

Por eso, ¡Santísimo Cristo de la Caridad!, acudimos a Ti pidiéndote la fuerza necesaria para ser buenos cristianos que aman con intensidad la Santa Misa.

Tu presencia, ¡Señor mío y Dios mío!, aparentemente muerto, se hace vida en tu Palabra. Palabra de vida eterna que escuchamos al comienzo de la liturgia de la Misa.

¡Con qué intensidad, Señor, tenemos que oír tu Palabra! Sabiendo que no es para ser conocida sino para ser vivida.

Nosotros aprendemos que Tú eres el camino, la verdad y la vida... y lo olvidamos.

En esta noche, ¡Señor!, hacemos el firme propósito de seguir tus pasos, porque Tú eres la salud de todos nosotros.

Vemos el mundo que nos rodea, el mundo en que vivimos y al que amamos y... ¡cuánta gente no te conoce, cuántos te desprecian, cuántas almas huyen despavoridas...!

No conocen la felicidad que tu Palabra nos da, no saben que estar en gracia, que tener tu amistad, es ser feliz. Y con demasiada frecuencia, se apartan y no aciertan a volver por el seguro camino del sacramento de la confesión.

Ser feliz, de tal manera, que nuestro corazón estalla al poseerte. ¡Tenerte a Ti, Señor!

Acabada la liturgia de la palabra, –que ha sido precedida por los ritos iniciales–, comienza la liturgia eucarística, y porque aquí empieza la acción del sacrificio incruento, cada rúbrica debe considerarse con mayor fervor y con una más ardiente piedad.

Cuando se ofrezca la patena con la hostia, pongamos en ella el corazón para ofrecerlo a Dios, con la intención de que, así como el pan se va a convertir muy pronto en el Cuerpo de Cristo, así nuestros corazones se transformen por el amor del mismo Cristo, de tal forma, que podamos decir con gozo: ¡“No soy yo el que vivo sino que Cristo vive en mí”! (Gal. 2,30).

Lo mismo podemos hacer en el ofrecimiento del cáliz. Mientras se vierte el vino, damos gracias a Dios porque quiso ocultarse bajo estas especies. Y cuando se mezcle el agua, avivemos en nosotros los deseos de sumergirnos en el abismo de los méritos de Cristo.

Aunque este sacrificio es único, consta, sin embargo, de dos partes: del Cuerpo de Cristo bajo la especie de pan y de su Sangre bajo la especie de vino. Y así, una vez ofrecido el pan, se procede a la oblación del vino. Ambas oblationes se dirigen a todos los fines por los que este sacrificio fue instituido, y, como son de gran importancia, se deben hacer con gran fervor, como si de este sacrificio, –de esta Misa concreta– dependiera la salvación de toda la Humanidad.

Mientras el sacerdote se lava las manos afirmaremos que deseamos vivir puros y limpios y quedar libres incluso de los más pequeños defectos; después agradeceremos el haber sido lavados mediante la Sangre de Cristo.

No nos limitaremos a recordar simplemente los beneficios de nuestra redención sino que expresaremos nuestra más íntima gratitud.

¡Qué importante es tu sacrificio, Señor, que fue y es en cada Misa!

¡Cómo hemos de amar la Misa, Señor!

¡Nuestra Misa, Jesús!

Viene después la plegaria eucarística que se inicia con el prefacio que es una especie de prólogo o preparación para los actos en que propiamente se contiene el sacrificio. Alabemos, con él, intensamente a Dios, invitando asimismo a los espíritus celestes a que canten con nosotros.

Y así, unidos a la multitud angélica, cantaremos el sacro trisagio con toda la reverencia y el fervor que nos sean posibles, para que no desmerezcamos del amor que manifiestan los espíritus superiores. Porque si tiemblan las potestades que son como las columnas del cielo, ¿cuánto debemos aterrarnos y temblar, cada uno de nosotros, que tantas veces y tan enormemente ofendemos a Dios?

Este himno contiene tres alabanzas y dos peticiones. Primero alabamos la santidad, el poder y el dominio supremo de Dios cuando decimos: *“Sanctus, sanctus, sanctus Dominus Deus Sabaoth”*. En segundo lugar celebramos su gloria que resplandece tan maravillosamente en todas las criaturas del cielo y de la tierra con estas palabras: *“Pleni sunt coeli et terra gloria tua”*. Y, por fin, alabamos a Cristo diciendo: *“Benedictus qui venit in nomine Domini”*. Y mientras decimos esto, le invitaremos a venir a nuestras almas con el afecto de todos los santos.

Las dos peticiones se contienen en las palabras *“Hosanna in excelsis”*, que se dicen dos veces y con las que pedimos la salvación y lo que para ella sea necesario; primero a Dios y después a Cristo. Este himno se antepone al canon para que nos demos cuenta, con ello, de que estamos en un negocio de máxima importancia delante del trono de la divina Majestad. Y si hasta aquí convenía que fuéramos puros y fervorosos, en adelante, debemos llenarnos con tanto amor que, con él, podamos encender a todos los presentes, más aún a todo el mundo, a todos los hombres que han existido, existen y existirán.

La parte de la Misa que se llama canon es la parte central de la plegaria eucarística y la regla que debe seguirse en la oblación del sacrificio. Está formado con las mismas palabras del Señor, con las tradiciones de los apóstoles y con las instituciones de los sumos pontífices. Nada contiene que no exhale un olor de piedad y santidad y que no levante el pensamiento de los fieles a Dios para que se unan con Él.

El camino del cielo está ya preparado por obra de los ángeles cuyas voces rogamos en el prefacio que se unieran a las nuestras. Subimos, pues, confiadamente al trono de Dios y con los ojos levantados hacia arriba, y con las manos extendidas, presentamos nuestras peticiones a Dios, rogándole por medio de Cristo, que acepte los dones que él mismo nos había dado, los regalos que él mismo también nos regalará, y las santas ofrendas que se donan por nuestros pecados.

En primer lugar hacemos presente a la persona a quien se dirige la ofrenda, es decir a Dios Padre. En segundo lugar al mediador, Cristo Jesús. En tercero a los oferentes. En cuarto lugar las propias cosas ofrecidas. En quinto aquellos por quienes se ofrece el sacrificio: la Iglesia, el Romano Pontífice y los demás fieles. En sexto, todo lo que queremos conseguir con esta oblación: la redención, la salvación, la salud. Por último recordaremos a la Bienaventurada Virgen María y a los príncipes de la curia celeste cuyos sufragios imploramos.

Para que nuestras súplicas tengan fuerza más eficaz, será muy conveniente asociarlas con los sufrimientos de Cristo Nuestro Señor. Así pues:

- Rogaremos por nosotros mismos poniendo por medianera la Sangre derramada por Cristo para que, por ella, sean expiados nuestros pecados y obtengamos aquellas virtudes que nos sean más necesarias y la perseverancia final.
- Pediremos por la Iglesia, a través del costado traspasado, de dónde Ella brotó.
- Por medio de la cabeza coronada de espinas, encomendaremos al Papa, a los obispos y a los sacerdotes.
- Por la llaga de la mano derecha, a nuestros hermanos, amigos, familiares y bienhechores.
- Por la llaga izquierda, a todos los que nos odiaron o nos sirvieron de molestia o escándalo.
- Por tu pie derecho taladrado, Santísimo Cristo de la Caridad, a las personas y asuntos encargados por nuestros superiores y por las autoridades competentes.
- Por el izquierdo, encomendaremos a todos los que están en pecado mortal.
- Por lo azotes, las bofetadas y salivazos, a los paganos, herejes y demás infieles que afligen a Dios con sus ofensas.
- Por la crucifixión, a los religiosos de todas las órdenes, para que lleven con alegría la cruz del sacrificio voluntario.
- Por la sed, a todos aquellos que anhelan nuestras oraciones.
- Por la angustia que quisiste sufrir en el huerto, a todos los que se encuentran en alguna calamidad, peligro, necesidad, tentación o inquietud.
- Por tu muerte y sepultura, a todos los justos para que perseveren siempre consepultados contigo en la justicia.

Posteriormente reconoceremos solemnemente el supremo dominio de Dios sobre todas las cosas. Nos prepararemos para la consagración del Cuerpo y de la Sangre de Cristo. Esta consagración se realiza por medio de la transustanciación del pan y del vino, que se hace con las palabras pronunciadas por Jesucristo en la Última Cena, y dichas en cada Misa por el sacerdote, que actúa "*in persona Christi*", prestando su persona a Cristo, que es el verdadero sacerdote y víctima.

Después de las ofrendas hechas hasta este momento con palabras, tiene lugar por fin la oblación real, por la cual es inmolado incruentamente el mismo Cristo, que una vez se ofreció a sí mismo cruentamente en el ara de la Cruz. Y si hasta ahora fueron necesarias pureza, humildad y reverencia, mucho más se precisan cuando el sacerdote se acerca a realizar el tremendo misterio.

Una vez pronunciadas las palabras de la consagración penetremos con los ojos de la fe en lo que se esconde bajo las especies sacramentales. Miremos con esos ojos al ejército de los ángeles que nos rodea y adoremos con ellos a Cristo con una profunda reverencia.

En la elevación contemplamos a Cristo clavado en la Cruz y le pedimos que atraiga hacia sí todas las cosas, haciendo intensos actos para cumplir los cuatro fines de la misa: adoración, dar gracias, pedir perdón, pedir ayuda...

De modo especial cuando se eleva el cáliz acordémonos que la Sangre de Cristo fue derramada por nosotros y de que con frecuencia la hemos despreciado. Adorémosle en compensación por los desprecios pasados. Pidámosle el incruento martirio de las adversidades.

Si el cielo está donde está Dios, no hay duda de que se transforma en cielo el altar, en que se consuma tan gran misterio, y que nosotros, en cierta medida, nos deificamos por la admirable participación del bien supremo.

En el memento de difuntos rogaremos primero por nuestros familiares, por nuestros hermanos, luego por aquellos que nos causaron alguna cruz o pesadumbre, después por nuestros bienhechores y por alguna persona recientemente fallecida y finalmente por todos aquellos que no tienen quien les ayude expresamente con sus sufragios.

Acabada la plegaria eucarística, debemos empezar a prepararnos para el rito de la comunión desde el comienzo mismo de la oración dominical, que con amor y filial afecto para con Dios, rezaremos con los ojos fijos en el sacramento porque Cristo junto con el Padre oye y escucha nuestras peticiones. Siete son sus peticiones en las cuales se contiene resumido todo lo que debe pedirse a Dios y para cuya impetración se ofrece este sacrificio.

Aumentaremos el deseo de obtener para nosotros y para los demás el mayor grado de santidad posible, para que la gloria de Dios crezca y para que Dios sea amado y temido por todos.

Desearíamos que Dios reine en nuestras voluntades, pidiendo a la vez que lleguemos felizmente a su reino.

Rogaremos que los hombres sirvan y obedezcan a Dios en la tierra, tal como es servido por los ángeles en el cielo, evitando el pecado y haciendo lo que le resulte grato al Señor.

Pediremos lo preciso en orden al alimento, vestido y demás necesidades temporales.

Una vez implorada la liberalidad de Dios para que nos conceda los alimentos, solicitaremos de su clemencia la remisión de los pecados, haciendo al mismo tiempo un acto de contrición y de sincero amor hacia nuestros enemigos y hacia cuantos nos hayan causado algún mal, amándolos de corazón en el Señor.

Desconfiando de nuestras propias fuerzas, y temiendo nuestra malicia e inconstancia, pedimos a Dios que nos preserve de las tentaciones, no sea que, inducidos quizás por ellas, nos apartemos de su gracia y amistad.

Rogamos ser liberados de los males de la culpa y de la pena, y de las asechanzas que contra nosotros urden el mundo y el diablo.

Para pedir estas gracias, solicitamos la ayuda de la bienaventurada Virgen María, de los santos apóstoles Pedro, Pablo y Andrés, y de Santa Marta y de todos los santos, especialmente nuestros amantísimos titulares y pedimos la paz que Cristo nos mereció con su Pasión.

Sigue la fracción de la hostia en tres partes y, mientras el sacerdote deja caer una de ellas en el cáliz, pediremos el llegar a una íntima unión con Dios.

Al dar la paz, desearíamos una triple paz: la paz de cada uno con Dios; la paz consigo mismo, que se encuentra en la concordia de la conciencia con la propia actividad; la paz, en fin, con el prójimo para que nadie dé a otro motivo para ofenderse sino que, al contrario, procure unir a todos por la caridad cristiana.

En el primer *“Agnus Dei”* después de hacer un acto de fe en Cristo, allí presente, que es verdaderamente el Cordero de Dios inmolado en la Cruz por nosotros, pediremos ser liberados y preservados de todas las miserias espirituales, con son: los malos hábitos, la tibieza en el servicio de Dios, y la inconstancia en las cosas bien empezadas.

En el segundo, ser asimismo liberado y preservado de las miserias temporales, del hambre, de la guerra, de las enfermedades y persecuciones, en cuanto nos impiden dedicarnos al servicio y al culto de Dios.

En el tercero pediremos la paz que lleva consigo la buena conciencia, el dominio de sí mismo y el desprecio de los bienes temporales.

Antes de la comunión nos detenemos unos momentos y hacemos con brevedad actos de las principales virtudes: humildad, fe, esperanza, caridad, contrición, abnegación y adoración.

¡¡Santísimo Cristo de la Caridad: soy muy indigno, peor que todos los pecadores y que los mismos condenados, indigno de todo bien y digno de todo mal. Confiado, sin embargo, en tu piedad y misericordia infinita, me atrevo a comulgar. Creo, Señor, todo lo que cree, enseñada por Ti, la Santa Iglesia Romana, y condeno cuanto ella condena. Espero en Ti y te pido los auxilios necesarios para conseguir mi perfección y la salvación eterna, sostenido por tus infinitos méritos y por el auxilio y la comunión de los santos. Me gozo y alegro por tus bienes y tu gloria, que deseo se propaguen lo más posible. Detesto en la medida de mis fuerzas, por amor a Ti, todos mis pecados; estoy preparado para satisfacer por ellos en esta vida, y para que mi alma sea siempre un purísimo refugio para tu Majestad. Perdono a los que me hayan hecho algún mal, o me lo causen en adelante, y los amo sinceramente por Ti. Me ofrezco a soportar todos los males posibles, según tu beneplácito, con renuncia a mi voluntad, juicio, amor propio y libertad, entregándome a Ti, con total indiferencia. Finalmente te adoro suplicante, y te ruego por la amargura que por mi sufriste en la Cruz, especialmente en aquella hora en la que tu alma abandonó a tu cuerpo, como te contemplamos ahora, Santísimo Cristo de la Caridad, y te ruego que tengas misericordia de mi alma cuando vaya a salir de este mundo!!

Como después de la comunión pasa un rato mientras se hace la ablución del cáliz, y mientras se recogen los corporales y se coloca el cubrecáliz, aprovechemos este tiempo para expresar breve y fervorosamente aquellos afectos que suelen demostrarse a los grandes personajes cuando se dignan visitar la casa de alguien.

Adoraremos a tan gran huésped en su divinidad y en su humanidad.

Le daremos gracias porque se ha dignado venir a nosotros tan indignos y por todos los beneficios generales y particulares.

Le trataremos con esplendidez, dándole lo que desee de nosotros, o sea detestando los pecados y renovando nuestros buenos propósitos.

Pidamos, en fin, a tan gran Rey que todo lo puede, cuanto nos sea necesario a nosotros y a los fieles vivos y difuntos.

Después de la comunión tiene lugar la acción de gracias y el rito de conclusión, que es la última parte de la Misa.

Acabamos así una breve exposición del sentido de la Eucaristía *.

Está claro que se nos escapan muchos matices, porque describir la Misa, gran milagro de Dios, es casi imposible. No obstante podemos decir que nos estamos preparando correctamente con estas reflexiones ante el Santísimo Cristo de la Caridad, para el solemne acto de mañana.

Cristo se nos presenta muerto, se nos presenta acabado su sacrificio, acabado el sentido de su Encarnación, Pasión y Muerte y como ese sacrificio, que fue cruento en la Cruz, se renueva cada día de una manera incruenta en la Santa Misa, yo he querido traer estas consideraciones, estas reflexiones para que el Señor de la Caridad nos dé la inmensa gracia de saber vivir muy bien la Santa Misa cada vez que asistamos a ella.

La Eucaristía no es algo alejado de nuestra vida, ha de ser el centro y la raíz de nuestro quehacer. La Santa Misa no es algo para los sacerdotes sino para todos los fieles. Cada fiel cristiano participa del sacerdocio de Cristo, no tiene el sacerdocio ministerial que recibe el presbítero en la ordenación, pero sí posee el sacerdocio común de Cristo, por eso, de alguna manera, nosotros participamos directamente en la Santa Misa. Yo diría sin temor a equivocarme, que debemos convertir nuestro día en una misa. Cada jornada, para el fiel cristiano, poseedor del sacerdocio común de Cristo, es una misa en donde hacemos de mediadores entre Dios y los hombres. Acercamos los hombres a Dios y llevamos nuestro Dios a los hombres. Y procuramos sacrificarnos llegando a ser corredentores con Cristo, otros Cristos, el mismo Cristo.

Nuestra Hermandad, y todas las Hermandades de Sevilla, practican esta doctrina. Saben que su misión en el mundo se fundamenta en llevar a Cristo a los cristianos y los cristianos a Cristo. Mejor dicho, Dios a los hombres y los hombres a Dios.

Toman así fundamental dimensión, un solemne besapié, un devoto viacrucis o la ejemplar estación de penitencia. Estos cultos no son motivos de lucimiento, Sevilla ha captado profundamente la teología cristiana y sabe darles a esas manifestaciones externas de fe, la verdadera dimensión, dimensión semejante a la misión de Cristo que vino al mundo para enseñarnos el camino de la salvación.

Yo quisiera acabar haciendo unas consideraciones muy precisas:

Sé perfectamente que estamos muy lejos de ser santos, pero sé perfectamente también que tenemos buenos deseos operativos.

**Esta breve exposición está tomada del libro de Juan Bona, cardenal y monje cisterciense del siglo XVII, titulado “El sacrificio de la Misa”, edición de 1986.*

Sé perfectamente que estas palabras más pueden caer en saco roto, pero espero, con la gracia de Dios que cada uno de nosotros, yo el primero, saquemos concretos propósitos de mejora.

Sé que mis palabras no van a gustar a todos, pero también sé que están dichas con el corazón y con la cabeza intentado aportar, por mi parte, algo útil a la vida corriente de mis hermanos.

Sé que estas palabras no van a ser entendidas por todos, pero también sé que, en el silencio de la oración, Dios dará luz a cada uno para que sepamos vivir mejor como auténticos cristianos, no como falsos hermanos que sólo piensan en lo externo y abandonan lo interior.

Y ahora, al final de mis palabras, sólo me queda acudir a ti, Virgen Santísima de las Penas. Tú serás nuestra ayuda, tú serás nuestro refugio, tú serás nuestra salvación, tú serás nuestro único asidero en muchos momentos de total oscuridad.

Por eso mi corazón rompe en cantos de alegría al saberte Madre nuestra, Madre de Dios, Madre de Sevilla, Madre de nuestra Hermandad. Que así sea.

Vicente RODRÍGUEZ GARCÍA

Hermano de Santa Marta
Sevilla, 19 de marzo de 1988